

EL TRABAJO

Periódico obrero bimensual * * * * * Redacción y Administración: Estrella, 110

Necesidad de las luchas

En la sociedad actual todo está organizado de manera que sean para el capitalista las ventajas y para el trabajador los inconvenientes y los peligros. La producción, el cambio, las leyes, las costumbres, todo favorece al rico y perjudica al pobre.

Se trabaja en todas las industrias, no con el fin de producir lo que es necesario para el bienestar general, sino para producir algo que pueda venderse, esto es, que aumente la riqueza del capitalista. Las conveniencias de salud y la vida misma de los trabajadores no se tiene en cuenta para nada.

Cuando el capitalista cree que la industria en que ha colocado su dinero no ha de producirle ganancias, deja de fabricar y los trabajadores que tenía empleados se quedan sin jornal, que es lo mismo que decir sin pan, sin casa y sin abrigo. Esto, en general, dentro del régimen que padecemos no tiene remedio, porque no se puede obligar al capitalista á que se arruine; ni lo tendría aunque se arruinase, porque en tal caso también habría de parar la fabricación.

Dentro del actual sistema no hay manera de asegurar que el trabajador por medio del trabajo pueda ganarse la vida. Siempre dependerá del azar de la suerte, de cambios imprevistos, de una enfermedad, de que una industria prospere ó decaiga, de que se acumulen más ó menos brazos en demanda de trabajo, etc. Para conseguir la seguridad, el bienestar constante para todos, es preciso destruir el régimen del capitalismo y organizar la sociedad de modo que se produzca, no para enriquecer á alguno, sino para satisfacer las necesidades individuales y colectivas. Para esto debe desaparecer el capital, ó sea el dinero, y las asociaciones obreras federadas en todo el mundo deben apoderarse de los instrumentos del trabajo (campos, fábricas, minas, etc.) y producir entre todos lo que para todos sea necesario. Este es el fundamento de la sociedad del porvenir á que aspiramos.

Tenemos fe en nuestro ideal y estamos convencidos de que la transformación se realizará cuando los trabajadores la quieran firmemente, cuando estén convencidos de que es el único medio de asegurar su derecho á la vida y al bienestar. Pero entretanto hay que vivir, hay que comer, y para ello es preciso luchar dentro del régimen presente.

De los capitalistas no puede exigirse que sacrifi-

quen espontáneamente, por puro altruismo, sus negocios á la consideración de los derechos de los trabajadores. Las religiones que han venido predicando la caridad bajo diversas formas han fracasado, porque el mal no está en la voluntad de cada hombre, trabajador ó capitalista, sino en las condiciones necesarias del régimen que subordina la vida de los hombres á los intereses del capital. Dentro del actual régimen, el capitalista siempre procurará que su dinero le produzca las mayores ganancias posibles. Esto es inevitable. La defensa de los intereses de los trabajadores corresponde á los trabajadores mismos.

Ahora bien; ¿qué medios tiene el trabajador para defender sus intereses? Los que por una parte condenan la actitud revolucionaria del proletariado que tiende á destruir el actual injusto régimen y por otra censuran las huelgas que tienen por objeto conseguir algunas mejoras de momento ¿saben algún otro remedio?

En este punto conviene que fijen los trabajadores toda su atención. Si los religiosos, ó los políticos, ó los economistas burgueses señalasen los remedios á los males actuales del trabajador y expusiesen el modo de asegurar la efectividad del derecho á la vida, desde luego estaríamos dispuestos á escucharles y aun á seguir sus consejos si fuesen acertados. Pero el caso es que los tales no ofrecen ningún remedio, ni siquiera ninguna esperanza. Combaten la revolución social y combaten las huelgas porque no desean el mejoramiento de los trabajadores, sino que quieren que éstos continúen como hasta aquí, resignados y sometidos, incapaces de obrar por sí mismos y dejándose dominar. De gobernantes y religiosos el pueblo no puede esperar sino la esclavitud, sostenida autocráticamente por medio de la fuerza, ó democráticamente por medio de la astucia, pero sumisión y esclavitud al fin para los trabajadores.

La agrupación esencial

El grupo corporativo es, en efecto, el único centro que por su constitución responde á las aspiraciones que impulsan al asalariado: es la única agregación de seres humanos resultante de la identidad absoluta de los intereses, puesto que tiene su razón de ser en la forma de producción sobre la cual se modela siendo su misma prolongación.

2 EL TRABAJO

¿Qué es en efecto el Sindicato? Una asociación de trabajadores unidos por el lazo corporativo.

Esta coordinación corporativa puede manifestarse, según los medios, sea por el lazo más circunscrito del oficio, sea en la enorme industrialización del siglo XX, englobando proletarios de oficios diversos cuyo esfuerzo concurre á una obra común.

Sin embargo, cualquiera que sea la forma preferida por los militantes ó impuesta por las circunstancias, sea que el aglomerado sindical se limite al «oficio» ó se extienda á la «industria», la identidad del fin se desprende siempre, y consiste:

1.º En hacer frente constantemente al explotador; en obligarle á respetar las mejoras conquistadas; en oponerse á toda tentativa de regresión; en atenuar la explotación exigiendo mejoras fragmentarias, como disminución de horas de trabajo, aumento de salarios, mejora higiénica, etc., modificaciones que aunque se refieran sólo á detalles, no dejan de ser atenuaciones favorables al trabajo y golpes eficaces contra los privilegios capitalistas;

2.º El Sindicato tiende á preparar una coordinación creciente de las relaciones de solidaridad, encaminada á hacer posible en el más breve plazo la expropiación capitalista, base única que puede servir de punto de partida á una transformación completa de la sociedad. Únicamente, después de esta legítima restitución social podrá aniquilarse toda posibilidad de parasitismo, y entonces, no estando nadie obligado á trabajar en servicio de otro, abolido el salario, la producción será social en su destino como lo es en su origen; habiendo llegado la vida económica á ser una positiva amalgama de esfuerzos recíprocos, la explotación, toda explotación, no sólo quedará abolida, sino que será imposible.

De ese modo, gracias al Sindicato, la cuestión social se manifiesta con claridad y acuidad tales, que su evidencia se impone á los menos ilustrados: el grupo corporativo traza, sin equívoco posible, la demarcación entre los asalariados y los amos. Por el Sindicato la sociedad aparece tal cual es: de un lado, los trabajadores, los expoliados; del otro, los explotadores, los expoliadores.

Por esta razón, porque es el único grupo que pone en plena y constante luz el antagonismo de los intereses y nuestra sociedad dividida en dos clases distintas é irreconciliables, el Sindicato se indica como siendo el grupo esencial, la asociación por excelencia.

Así debe ser el preferido sobre todos los modos de agrupación humana; debiendo estarle todos subordinados, porque si los hay muy útiles, sólo él es indispensable.

Desinteresarse del Sindicato, ignorarle, vivir apartado de él, equivale para el trabajador á desinteresarse de su propia suerte. Es lógico, pues, que afluayan á la asociación corporativa todos los que no acepten plácidamente la explotación humana y que no se resignen á la miseria. Sólo ellos pueden encon-

trarse y trabajar en común, con la certidumbre de no hacer vanos esfuerzos. En el Sindicato, en efecto, no hay posibilidad de equívoco: admitido que hay agrupación basada sobre la identidad de los intereses, la utilidad es íntegra.

Ese carácter de utilidad absoluta no se descubre en las otras formas variadas de agrupación; todas tienen su lado útil, todas tienen sus taras y defectos que les quitan el carácter de necesidad.

E. POUGET

Obreros: La semana próxima leed todos el número extraordinario de "Solidaridad Obrera"

Del amor y del dolor

La religión cristiana hace consistir la perfección de la virtud y el mayor bien del hombre en el amor y en el afán por los dolores y los sufrimientos, según estas máximas de Jesucristo, su divino jefe, que decía: bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre y sed, bienaventurados los que sufren persecución por la justicia; y según estas otras máximas del mismo Jesús, que decía que es necesario llevar su cruz, que hay que renunciar á sí mismo y á cuanto se posee, y que, si se quiere ser perfecto, ha de venderse todo lo que se tiene y darlo á los pobres. Y que, por el contrario, maldice á los ricos y á los que tienen sus placeres y alegrías en este mundo.

Su moral condena como vicios y como crímenes dignos de castigo eterno, no sólo las obras, sino los pensamientos, los deseos y los afectos de la carne, que son los más convenientes y los más necesarios para la conservación y la multiplicación del género humano; porque los condena en absoluto y los considera como vicios y crímenes dignos de castigo eterno, en todos aquellos y aquellas que no están legítimamente unidos según sus leyes y ordenanzas. Según esa moral, no ya la unión carnal y efectiva del varón y de la hembra, sino todas acciones y aun todos los deseos, todos los pensamientos, todos los afectos y todas las miradas que tienden voluntariamente á este fin, son crímenes dignos de castigo eterno, conforme esta máxima de su Cristo, que dijo que quien mira á una mujer con el deseo de gozar de ella, ya cometió adulterio en su corazón y es culpable de ese crimen. De manera que, según esa máxima, la religión cristiana considera como pecados mortales, dignos de los eternos castigos del infierno, no solamente todas las acciones y todos los contactos, sino también todos los deseos, todos los pensamientos, todas las miradas y todos los discursos que tiendan voluntariamente á ese fin en aquellos y en aquellas que, como queda dicho, no están unidos en legítimo matrimonio.

Por último, su moral consiste en que aprueba y recomienda la práctica y observancia de ciertos

preceptos que tienden ostensiblemente al trastorno de la justicia y de la equidad natural y también á favorecer los malos y á oprimir los buenos y los débiles, porque aprueba y recomienda la práctica y la observancia de esos preceptos y de esas máximas del Cristo, que decía y que mandaba á sus discípulos amar á sus enemigos y hacer bien á los que les hicieran mal; que les recomendaba no resistir á los malos, sino sufrir pacíficamente sus injurias y sus malos tratamientos sin enfadarse, sin murmurar, sin quejarse y mucho menos sin vengarse.

He aquí por qué decía aún, que si alguno les pegase en una mejilla le presentasen además la otra, y que si alguno les quitase el manto le diesen hasta la túnica, etc.

Conforme con esas máximas, uno de nuestros famosos cristianucos tendría razón para decir que la divisa del hombre carnal era vencer para no sufrir, pero que la del cristiano era sufrir para vencer, ser pisoteado para no caer y morir para vivir, aunque no abunden entre ellos quienes sigan tales máximas; bien se ve que no creen en ellas, comprendiendo que no les serían beneficiosas.

Es erróneo decir que la perfección de la virtud consiste en el vehemente deseo del sufrimiento del dolor; eso es como si se dijese que la mayor perfección de la virtud consiste en amar y buscar todo lo que sea más contrario á la naturaleza y aun lo que tienda á su destrucción; porque no puede negarse que los dolores y los sufrimientos, que el hambre y la sed, que las injurias y las persecuciones son contrarias á la naturaleza, y que todas esas cosas tienden hasta á la destrucción de la naturaleza.

Por consiguiente, es manifiestamente un error y hasta una locura decir que la perfección de la virtud consiste en la práctica de lo que es contrario y destructor de la naturaleza, y es manifiestamente un error y una locura decir que el mayor bien y la mayor felicidad estriba en llorar, gemir, ser pobre y desgraciado y tener hambre y sed. Bien es verdad que no es precisa y formalmente á los dolores y á los sufrimientos á lo que atribuyen la perfección, puesto que el dolor es siempre un mal y no todos los que sufren son virtuosos, sino que lo que pretenden decir es que la perfección consiste en sufrir constantemente por un buen fin, y que el mayor bien del hombre se halla en la posesión y en el goce de los grandes bienes y de las grandes recompensas, que suponen gozarán en el cielo todos aquellos y aquellas que habrán padecido dolores y sufrimientos con virtud y con paciencia.

Por eso decía el Cristo: bienaventurados los que lloran, porque serán consolados; bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos...

Todo ello no impide que esa máxima de moral de nuestros cristianucos que recomienda el afán de los sufrimientos y de los dolores sea absolutamente falsa, puesto que es siempre un error y hasta una locura

complacerse en dolores y sufrimientos con la esperanza de adquirir bienes y recompensas eternas que son puramente imaginarias.

Porque ese pretendido reino del cielo de que al parecer tanto se preocupan los cristianucos, es un reino imaginario, y se abusa de la credulidad de los pueblos queriendo obligarles á que deseen el dolor y el sufrimiento positivo para adquirir por ese medio tales recompensas. Por lo demás, la máxima de amar y desear las cruces y los sufrimientos, de renunciar á sí mismo y á todo lo que se pudiera poseer, está fundado únicamente sobre la palabra de un miserable fanático, como antes he demostrado, y es error y locura inducir á los hombres á que presten fe y sigan una máxima tan contraria al bien de la naturaleza y á la recta razón.

Igualmente es un error de la moral cristiana condenar, como condena, todos los placeres de la carne, y no sólo las acciones y las obras naturales de la carne, sino también todos los deseos y todos los pensamientos voluntarios de gozar de ellos, si no es, como dicen, en legítimo matrimonio celebrado según sus leyes y ordenanzas. Insisto en que es un error considerar esas cosas como pensamientos criminales y dignas de castigo eterno; porque no hay nada más natural y más legítimo que esa inclinación, y es en cierto modo culpar á la naturaleza misma y á su autor, si otro tuviera que no fuera ella misma, condenar como viciosa y como criminal, en los hombres y en las mujeres, una inclinación tan natural y que procede de lo lo más íntimo de su naturaleza. ¡Cómo! ¿Un Dios infinitamente bueno había de querer que ardieran constantemente en las llamas del infierno unos jóvenes que hubieron gozado juntos unos momentos de placer siguiendo la dulce inclinación de su naturaleza, por haber seguido esa misma inclinación que Dios mismo les hubiera dado, y no sólo por eso, sino también por haberse complacido en pensamientos, deseos ó movimientos carnales, formados y excitados en ellos por ese mismo Dios que tan cruelmente los castiga? Eso es completamente absurdo y ridículo; es disparatado pensar eso de un Dios que se supone infinitamente bueno y perfecto; horroriza sólo el pensamiento de tal crueldad y de tal indignidad.

Es un error manifiesto de la moral cristiana la condenación de pensamientos, deseos é inclinaciones tan naturales, tan legítimos y tan necesarios para la conservación y la multiplicación del género humano, y no digo esto para aprobar ó para favorecer en manera alguna el libertinaje de aquellos ó de aquellas que se abandonan indiscreta y excesivamente á esa inclinación animal. Censuro y condeno los excesos y desarreglos, en ese concepto como en otro cualquiera, y no excuso á aquellos ó aquellas que se exponen sin juicio á perder su honor ó á incurrir en cualquiera otra desgracia para disfrutar de tal placer, ni aun excusar á quienes por una conducta sospechosa dieran motivo á censuras y murmuraciones, considerando

4 EL TRABAJO

que en esto, como en otras muchas cosas, hay que conformarse á las leyes y costumbres del país en que uno se halla.

No obstante; es un error decir que esas acciones, deseos y pensamientos de complacencia son crímenes dignos de los castigos y suplicios eternos de un infierno, como enseñan la religión y la moral cristianas, y sería indigno de una soberana bondad castigar tan rigurosamente por vanos y ligeros motivos, y son prudentes los que pueden contenerse y no siguen ciega ni indiscretamente esa dulce á la vez que violenta inclinación de la naturaleza; prudente era el que, con relación á este asunto, dijo que no quería comprar tan caro un arrepentimiento; pero tontos me parecen aquellos que por gazmoñería y superstición no se atreven á probarlo á lo menos una vez.

Muchas otras reflexiones pueden hacerse aún; pero lo expuesto basta para demostrar el error de la moral cristiana respecto á este asunto.

M.

RÁPIDA

De la realidad

I

Un opulento prócer deshonró, mediante engaños, á una joven huérfana, que hoy se ve abandonada y sin lo necesario para satisfacer sus perentorias necesidades y las de su hijo, niño de tres años y fruto desdichado de aquellos amores.

II

En un salón lujosamente amueblado, encuéntrase el prócer opulento jugando sumas exorbitantes á la ruleta.

III

La que fué infamemente, traidoramente seducida por aquel monstruo de perversidad, se empeora en su dolencia, y en su delirio febril, exclama:

— ¡Malo, cruel! Me abandonaste; estoy agonizando; pero moriré pidiendo desde lo íntimo de mi corazón venganza porque no te enterneces ante el hambre y debilidad de tu propio hijo...

IV

Y la enferma entró en su periodo agónico, y el niño se moría de hambre, y el padre desnaturalizado continuaba frecuentando el lujoso salón para jugar cantidades enormes á la ruleta...

R. DE CASTILLA MORENO

La Iglesia y el Obrero

Desde mitad del siglo pasado vienen sucediéndose las luchas del trabajo contra el capital; luchas que no cesarán hasta que sea un hecho el bienestar humano.

En un principio los gritos de dolor del proletariado no llegaban á los oídos de los potentados; pero fué al fin tan fuerte la sacudida, que todos despertaron.

Todos convinieron, gobiernos y capitalistas en que

el problema social debía someterse á un estudio para evitar grandes hecatombes.

¡No obró de este modo la Iglesia! Se encerró en sus muros, dejando pasar como una sombra este gran movimiento.

Ella tenía que ser. Solo ella obcecada en sus dogmas podía permanecer indiferente ante este gran movimiento.

De espíritu cerrado á toda clase de innovaciones como es en todos sus órdenes, no podía de menos que dejar pasar una cuestión de tanto interés para la vida como es el problema social.

Si el obrero sufre la tiranía desde hace tantos siglos es porque la Iglesia somete al obrero al yugo de los tiranos puesto que nos predica su religión caduca, mandándonos que seamos resignados, sumisos, diciéndonos que se nos recompensará con creces. Esto es lo que ha hecho la Iglesia; matar todo germen de rebeldía en el corazón del oprimido para que con humildad soportara todo el peso de las injusticias sociales.

Hoy, por desgracia, quiere inmiscuirse en esta labor del obrero, y con su canto de sirena procura embaucar á los eternamente explotados. Desde el *prisionero* del Vaticano hasta el cura de aldea, reconocen por fin que al obrero débesele tratar con un poco más de conmiseración, lo cual se comprende. El obrero de hoy no es el obrero de hace medio siglo; la revolución de los cerebros ha sido tan grande que ha arrollado todas las preocupaciones que le han inculcado, para dejar paso á lo racional.

La Iglesia sufre una crisis tremenda, no de esas crisis pasajeras; sino permanente, y para evitar que al fin venga el derrumbamiento completo de los altares, finge preocuparse de la suerte de los obreros tomando parte en las luchas del trabajo contra el capital.

En los Centros católicos de obreros se discuten temas de sociología *verdes*; los obispos con sus pastorales, como el obispo de Vich á los obreros de la *Conca del Ter*, Manlleu y Roda, arengándoles para que sean buenos católicos y para que miren con indiferencia á los demás obreros que no comulgan en su religión; los congresos celebrados, en uno de los cuales acordóse formar sindicatos de obreros católicos en todas las diócesis de España, estando al frente de ellos el obispo de cada diócesis (¿?); la prensa, órgano de la Iglesia, secundando esta labor en sus artículos de sociología *verde*, es decir todo lo que compone el organismo eclesiástico, se ha puesto en movimiento para no perecer en la tremenda crisis que atraviesa.

Habéis llegado tarde. Por más que os esforzáis, no alcanzaréis á salir del atolladero.

El obrero tiene bien marcado su camino. La palabra de Carlos Max «la emancipación del trabajador ha de ser obra del mismo trabajador» ha quedado grabada en la mente de todos los oprimidos.

No pueden los obreros católicos mirar con indife-

La libertad física

rencia á los demás obreros que comulgan en otra ó en ninguna religión; deben marchar todos juntos para substraerse á la explotación del patrono católico ó no católico.

El problema social debe solucionarlo el obrero intelectual y manual, no por medio de la Iglesia, pues ésta solo serviría para mixtificar la obra redentora y embrutecer las inteligencias, como ha venido sucediendo durante veinte siglos.

J. RAMÓN

VERDAD AMARGA

- ¿Ves ese coche que rodando pasa con insultante y llamativo lujo?
— Sí.
— Pues ese coche que rodando pasa con insultante y llamativo lujo, no será para ti.
— ¿Ves ese hermoso y colosal palacio, mansión del bienestar y la riqueza?
— Sí.
— Pues ese hermoso y colosal palacio mansión del bienestar y la riqueza, no será para ti.
— ¿Ves esa hembra de arrogantes formas, que al que la paga bien su cuerpo entrega?
— Sí.
— Pues esa hembra de arrogantes formas que al que la paga bien su cuerpo entrega, no será para ti.
— ¡Ay! ¿Nada de eso que la vida alegre, y que á todo mortal le pertenece se, ha hecho para mí?
— ¿Acaso por ser pobre no soy hombre?
— El hospital, el hambre y el presidio...
— ¡Eso es para ti!

EMILIO BOBADILLA

Caridad (?)

El dinero para las víctimas de los terremotos de Calabria (Italia) ha desaparecido casi totalmente. Figuraos que de los 40 millones de liras (pesetas) recogidas en subscripciones públicas y demás donativos han sido solamente distribuidos 17 millones entre las víctimas (?). De los 23 millones restantes nada se sabe. Eso lo ha manifestado la comisión inspeccionadora que nombró el gobierno italiano para averiguación de este asunto.

Pero, hay más todavía. Estos 17 millones que dicen haber repartido entre las víctimas (?) lo han sido entre los propietarios perjudicados, mejor dicho, estos 17 millones han servido para reedificar las casas, haciendas, palacios, etc., etc., de los ricos: entre éstos figuran el conde Gogliardi, el marqués di Francia, de Reggio y otros.

En cuanto á los pobres perjudicados de verdad, los que ni siquiera tienen en qué caerse muertos, son muy pocos los que han sido socorridos.

Seguramente el mismo resultado tendrá lo recaudado últimamente por las recientes catástrofes.

ROBERTO D' ANGIÒ

— Te consideras libre?
— Sí. ¿Acaso como te hablo no podría dejar de hablarte? ¿Acaso como te miro á ti, no podría alzar los ojos al cielo ó bajarlos á la tierra?

— ¿Puedes ver más allá de lo que tu vista alcanza, oír más allá de lo que tu oído consiente, levantar pesos más allá de lo que te permiten los músculos?

— Esto no reza ya con mi libertad sino con mi poder.

— Tu libertad ¿no tiene acaso tu poder por límite?

— Mi libertad física, no mi libertad moral. Mi libertad física, ¿cómo no ha de tener por límites los que la naturaleza puso á mis sentidos y á mis fuerzas?

— Tú, con todo, ensanchas los límites de tu vista por el telescopio y el microscopio; los de tu oído, por el teléfono; los de tus músculos, por las máquinas.

— Cierto que los ensancho.

— ¿Á qué lo debes?

— Á la inteligencia.

— ¿Á la tuya?

— No, sino á la del hombre.

— Luego de la inteligencia del hombre depende tu libertad. No eres ni físicamente libre; vas siéndolo. Tal vez no llegue á serlo ni aun tu más remota progenie. ¡Libre tú, cuando la naturaleza te domina; cuando no puedes hurtar el cuerpo al calor, al frío, á la enfermedad, al decaimiento, á la muerte; cuando no puedes evitar que la tierra tiemble y destruya tus ciudades, ni que arda el volcán, y estalle, y hunda, y arrastre consigo la isla que le sustentaba y los pueblos que la fecundaron!

¡Oh, hijo del hombre! Serás aún durante siglos esclavo de la fatalidad. Los esfuerzos que hasta aquí hiciste son insignificantes para los que deberás hacer, si quieres redimirte. No te ensoberbezcas por tus triunfos ni te duermas sobre tus laureles. Larga es la labor, largo el camino: unce al trabajo á todos tus semejantes, para que te resulte menos pesada la tarea, más breve el afán.

— Me sorprende oírte hablar de una redención imposible. Limitas mi libertad presente y ¿así ensanchas mi libertad futura?

— No hay nada imposible para la inteligencia. Vencerá el hombre la muerte, bajará al fondo de la tierra, escalará los cielos.

— Sueñas, sueñas.

— Haz entrever al salvaje la posibilidad de nuestros adelantos, y te dirá también que sueñas. Tiene la inteligencia límites en el tiempo, no en los tiempos. Por una serie de inducciones y deducciones va sin cesar desenvolviéndose y rasgando el velo que le encubre los arcanos del mundo. ¿Quién es capaz de predecir hasta dónde penetrará, ni hasta dónde encumbrará su vuelo?

F. PI Y MARGALL

La revolución social

(Las clases sociales desde el punto de vista de la evolución sociológica)

En todas épocas la autoridad y la explotación han provocado, por una reacción natural, rebeldías más ó menos enérgicas. Con mucha frecuencia, esas rebeldías dominadas dejaban tras sí un fermento invisible que circulaba en el ánimo de cada uno, y, en el momento preciso, determinaba una conmoción tan violenta que la vieja sociedad se conmovía sobre su base y acababa por derrumbarse.

Los dos movimientos sociales más grandes de la antigüedad que nos sean realmente conocidos, el cristianismo y el budismo (porque se sabe muy poco sobre las revoluciones numerosas y profundas de la China), realizadas en nombre de la libertad individual y de la igualdad social, eran la resultante de una multitud de rebeldías anteriores. «¡No llaméis á nadie vuestro amo!», predicaba Judas el Gaulonita, predecesor de Juan Bautista y de Jesús. «¡No más castas!», predicaban los discípulos de Çakia-Muni. Pero mientras el budismo, vencido en la India, refluía sobre el extremo Oriente y allí iba á deformarse, el estado del Imperio romano, al que faltaban la imprenta, el vapor y la electricidad, vehículos del pensamiento, no permitió al movimiento cristiano conservar su aspecto social y revolucionario. Todos los ergotistas, místicos é ignorantes de Europa y de Asia, vinieron á mixtificarle á cual más, y, en lugar de una refundición del viejo mundo que aboliera las distinciones de amo y de esclavo, se atuvieron á una nueva religión demente y dulzona por el momento, después ferozmente intolerante, relegando la revolución social al fin del mundo, mientras predicaban, en espera del cumplimiento de ese plazo, la resignación á los oprimidos, con lo que remachaban sus cadenas. Sin las invasiones sucesivas de los bárbaros, que operaron fusiones terribles aunque efímeras, las viejas castas: patricios, emancipados, plebeyos y esclavos, hubiesen continuado existentes. Cayeron en el derrumbamiento del Imperio romano, más para reconstituirse después, más ó menos bajo diferentes nombres, en el mundo feudal dominado por la Iglesia.

La Reforma fué otra gran revolución social, porque no se limitó á Lutero, Calvino y Enrique VIII. Precedida por las críticas, primeramente tímidas, de los teólogos, tales como Beranger, después por las rebeldías de hombres más audaces, tuvo por prólogo el suplicio de Juan Huss y la insurrección de los campesinos de Bohemia, gritando con Ziska: «¡La copa al pueblo!», grito de gran intención, con mucho más sentido social que místico. Esta conmoción de las masas plebeyas preparaba otra francamente comunista revolucionaria: la de los campesinos anabaptistas, que atemorizó á Lutero, simple reformador religioso, amigo de los príncipes alemanes y absolutamente indiferente á la situación del pueblo. En aquel momento la Europa occidental estaba en trabajo de transforma-

ción. España misma, que acababa de efectuar su reconquista, parecía estremecida por un soplo de libertad: era la ebullición intelectual de sus pensadores libres de Alcalá y de Sevilla, al mismo tiempo que la rebeldía democrática de sus *Germanías* de Valencia y de sus *Comuneros* de Castilla. Pero esa corriente social, sucesora de siglos de dominación feudal, era todavía demasiado débil y tropezaba con muchos obstáculos para que pudiera salir triunfante, y las Germanías, con su agitador Sorolla, y las Comunidades, con sus jefes Padilla, Bravo y Maldonado, sucumbieron, casi en la misma época en que los anabaptistas de Munzer eran sacrificados en Frankenhäusen. En Suiza, Swinglio, reformador radical, intermedio entre Lutero y los anabaptistas, fué vencido y sacrificado: su sueño de democracia cristiana cedió el puesto á la iglesia despótica y feroz de Calvino.

Después de haber tocado hasta la república popular y el comunismo anarquista, la Reforma perdió el terreno social para limitarse á la lucha confesional. Sin embargo, la cuestión religiosa creaba forzosamente una cuestión política: en Francia iba á ser puesta la monarquía en tela de juicio; iba á surgir una república, Holanda, esperando la república regida de Inglaterra, donde, en medio de las disputas teológicas, iban á reaparecer los revolucionarios sociales.

Mucho más profunda que la Reforma fué la Revolución francesa, que no sólo atacó los dogmas absolutistas, sino también la propiedad territorial, base de la sociedad de aquella época. Si esa propiedad hubiera sido verdaderamente nacionalizada en lugar de ser acaparada por la burguesía, la refundición hubiera sido completa. Los tiempos no lo permitieron: la burguesía, que esperaba hacía siglos su turno de convertirse en clase dominante, estaba allí impaciente y ávida, y, frente á los soberanos amenazadores, la Asamblea legislativa tenía necesidad de dinero. La masa inmensa de los hambrientos, que había sido arrastrada á la revolución, se vió burlada y desatendida en cuanto los burgueses llegados al poder no tuvieron necesidad de ella, ganando únicamente el honor de verter su sangre sobre los campos de batalla y de cambiar la servidumbre de la gleba por el salariado industrial.

Á pesar de la irónica fórmula «igualdad», la sociedad al día siguiente de la revolución se encontraba, pues, dividida en castas: la nobleza, que, desarraigada en parte, iba á mezclarse lentamente con la burguesía, su expropiadora; esta burguesía, convertida en clase poseedora y preponderante, llamada por el desarrollo industrial y las concurrencias económicas á dividirse á su vez en alta, media y pequeña burguesía, y, por último, el proletariado, condenado por su miseria y su ignorancia á formar estas otras dos clases: la de los mendigos, comprendiendo todos los desechos sociales, demasiado débiles ó perezosos para trabajar y demasiado cobardes para arriesgarse al robo legal; y la de los refractarios feroces, que prefieren la cárcel al taller, ó incapacitados, por

causa de degeneración fisiológica, de ser otra cosa que delincuentes.

Nada pudo compararse á la rudeza de la burguesía, que desde la época del Directorio parodiaba torpemente los maneras de los antiguos nobles, sino la extrema miseria del proletariado, entregado, en nombre de la libertad del trabajo, á una explotación desenfrenada, y no teniendo ya para defenderse las antiguas corporaciones gremiales, que, por arcaicas y autoritarias que fuesen, podían servirle todavía de punto de apoyo. En tanto que, directora de la sociedad francesa, la burguesía reemplazaba todo ideal ó todo sentimiento por este pensamiento fijo: «hacer negocio», pensamiento que Guizot debía expresar tranquilamente en su fórmula: «¡Enriqueceos!», el proletariado no tenía sino como sueño luminoso la esperanza de emancipación que la revolución había suscitado; después cayó en el abismo más sombrío. El descubrimiento del vapor hacía surgir la gran industria y acababa de trastornar el mundo. Acudiendo de los campos á las ciudades, en busca de un trabajo que les permitiera comer todos los días, los proletarios se encontraban en el presidio patronal más exclavizados que lo habían estado los antiguos siervos, precisamente al mismo tiempo que los apologistas de la burguesía hablaban pomposamente de libertad política, de igualdad ante la ley, de principios inmortales y de derechos del hombre.

(Seguirá)

La razón humana es mucho más sagrada que la razón de un legislador.

DIDEROT

Á los carreteros

Por costumbre tradicional festejáis á un santo con fiestas religiosas y bailes, divirtiéndoos mucho, según vuestro parecer, sin importaros un comino que á la mañana siguiente el burgués ó el mayordomo os maltrate como bestias.

Por lo visto para vosotros nada significa la larga duración de la jornada; ésta es total de unas 12 ó 13 horas diarias (nada como bestias), y un sin fin de sufrimientos que trae el oficio, puesto que primero miráis cual es el día que podéis divertirlos, antes que procurar, por medio de la asociación, de vuestro bienestar.

Por medio de la asociación sí; mirad vuestros compañeros de Barcelona lo que han hecho con ella, lo que han obtenido, lo que obtendrán; ellos han sabido demostrar que con la asociación se obtiene lo que se quiere, ¿por qué? porque es una fuerza grande que lo arrolla todo.

¡Obreros carreteros, á la asociación!

UN CARRETERO

Víctimas del trabajo

En el libro que la historia tiene abierto para las víctimas que caen inmoladas en holocausto á la burguesía sedienta de sangre proletaria, puede apuntarse una más.

En la fábrica Marced y en la sección de máquinas para la regeneración de lanas, propiedad del burgués conocido con el mismo nombre, el día 7 del que cursa una débil mujer, joven de 22 años, pagó con la vida su tributo á la explotación desenfrenada ejercida por una burguesía que se jacta de civilizada *rindiendo culto* al autor de «amaos los unos á los otros».

El hecho que motiva estas cuartillas lo calificaríamos de vulgar si no fuera que muy por encima de esta masa inerte que no siente en el corazón ni un átomo de odio contra los causantes de esas desgracias que vienen sucediéndose, debemos de exteriorizar nuestra protesta para que se impongan las medidas preventivas que son del caso.

Sentimos un profundo amor á la humanidad que gime y con la potencia que nuestros pulmones permiten le decimos: «si quieres ser considerada como debes, ven á nosotros y juntos lucharemos para la conquista del ideal de paz y amor».

Y ahora, ya que el caso nos lo brinda, no será por demás que expongamos aquí algunas consideraciones que nos merece la ley de accidentes del trabajo, ya que varios obreros ven en ella un consuelo á la rapacidad burguesa que permite que nuestros cuerpos sean pasto de las máquinas, y al recurrir á ella, en un caso como el de la víctima que nos ocupa, se encuentran burlados, como así ha sucedido á la familia de la misma.

Dicha ley previene en su artículo 2.º, que el patrono es responsable de todos los accidentes que sufran los operarios como consecuencia natural del ejercicio del trabajo aun que el patrono no haya incurrido en dolo, imprudencia ni negligencia. Pues sépase qué responsabilidad es esa; entiéndase que nos atenemos al caso de la víctima que nos ocupa.

Pues bien, leídos y releídos todos sus artículos no hemos podido encontrar más responsabilidad que pagar los gastos de sepelio siempre que no excedan de 100 pesetas, ó sea sacar de la máquina lo que estorba, puesto que se trata de una soltera, viuda su madre y no llegando á tener los 60 años, que determina el artículo 4.º, para que se le abone siete meses de la mitad del jornal que percibía la víctima, ó sea un total de 130 pesetas, poco mas ó menos.

Si se tratara de un hombre se le tendría más consideración, ya que, según esta ley, la carne masculina se paga á un precio más elevado...

No queremos proseguir más porque es completamente inútil insistir acerca de la eficacia de tan manoseada ley.

Pueden, sin embargo, los obreros seguir indiferentes ante las víctimas que caen diariamente á su lado

8 EL TRABAJO

Ciencia y el Progreso y podamos en no muy lejano día acabar con el régimen odioso, que sólo está basado en la explotación del hombre por el hombre y sostenido inconscientemente por nuestra falta de cohesión y sobrada apatía para humanizar las condiciones del trabajo y nuestra elevación moral por medio de la enseñanza.

Pues bien, compañeros: una vez concretadas nuestras aspiraciones, que son las vuestras, sólo nos queda deciros que este Comité espera de vosotros nos manifestéis las causas que os pudieran obligar á continuar en la actual situación, y si encontraseis algo que á vuestro juicio en nuestra organización ó nuestros Estatutos pudiera ser obstáculo á nuestra iniciativa, manifestárnoslo, que firmes en nuestro propósito y próxima la celebración del Congreso de la Federación, trabajaremos por nuestra parte para lograr vuestros deseos y unir á todos los albañiles con lazos indisolubles de solidaridad, y si á nosotros os sumáis antes de esta fecha, más pronto serían allanadas las dificultades, puesto que lo resolverían mayor número de voluntades, y de esta manera cubriríamos el hueco que en la lucha estamos obligados á ocupar para derrocar la organización social que nos aniquila y convierte en humilde rebaño.

También hemos de manifestaros que esta Federación sólo se inspira en el más puro ideal societario y no persigue ningún fin político; por lo tanto, todas las Sociedades pueden formar parte de ella, puesto que todos sus movimientos sólo obedecen, inspirados en este sentido, á la voluntad de sus federados manifestada en los acuerdos de los Congresos.

Así, pues, á engrandecerla os invitamos, y con vuestra cooperación y grandes iniciativas laboraremos por alcanzar aquella nueva Humanidad que nuestros antecesores soñaron y nosotros, los parias de este siglo, trataremos de convertir en hermosas realidades.

Si abrimos un paréntesis y analizamos las fases por que atraviesa nuestro oficio, observaremos que se cierne entre nosotros la anemia, que produce el hambre, por las grandes crisis de trabajo y el reducido salario; las consecuencias de las crisis de trabajo en nuestro oficio no sólo son producidas por las lluvias y los fríos, sino que son también producidas por la sórdida avaricia de nuestros explotadores, que de este modo pretenden acabar con nuestras energías.

Pues bien: si recapacitamos un poco nuestra situación, ¿cómo habíamos de dudar ni por un momento que se impone el sacrificio hasta de lo que es más inherente en la persona humana y respondiéramos á los latigazos del hambre con la fuerza incontrastable de la organización?

Imitemos el ejemplo dado por los compañeros de Madrid, que después de algunos años de luchas intestinas consumiendo energías para dar fuerza á sus patronos, reconocen, al fin, que se debilitan sus fuerzas para poder hacer frente á las egoístas exigencias de sus explotadores y las fortalecen con su unión,

dando con este acto un mentís rotundo á sus enemigos, que todas las fuerzas de que alardeaban fueron dispersas para dar paso al triunfo de la razón y la justicia, que hasta entonces no vieron que eran los que fielmente ambas cosas podían representar.

Por el Comité: *El Secretario 1.º*, FRANCISCO GÁLVEZ.

NOTA. La correspondencia se dirigirá á nombre del Secretario 1.º de la Federación nacional de albañiles, Relatores, 24, Centro de Sociedades Obreras, Madrid.

Noticias y comentarios

Se nos comunica que en el vapor de *ca la Daniela*, fábrica de preparación é hilatura de estambre del señor Arañó, existe un *cabo de vara* que responde con el nombre de Ramón Llobet, el cual se ha creído seguramente de que aquello es un *harén* donde las mujeres vienen obligadas á soportar sus brutalidades.

Este *bueno* de Llobet que tan á maravilla cumple con el cargo que le confirieron, habrá olvidado que su madre viste con igual ropaje que las mujeres que tiene bajo su feudo y que, por lo tanto, son tan dignas de respeto como respetada quiere ver á su madre; pues, según se nos cuenta, no teniendo lo bastante en mortificar continuamente á las que cree siervas suyas para que produzcan más de lo que pueden, las hace objeto de cualquier brutalidad maltratándolas de palabra y hasta no sabemos si de obra.

Nosotros creemos que si aquellas mujeres respondieran á nuestros llamamientos de asociación podrían imponerse ante los desmanes de un bruto.

Á pesar de eso, insistiremos, de continuar maltratando á indefensas mujeres, y lo recomendaremos de paso al Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, para que figure en la colección zoológica del Parque.

Papel recibido

Hemos recibido los cuadernos 9 y 10 de la *Geografía General de Cataluña*, que publica la casa editorial de Alberto Martín. En el cuaderno 9 se reparte un diagrama de natalidad y mortalidad de las principales ciudades del mundo, notable trabajo impreso á tres colores y continúa, acompañada de varios fotograbados, la descripción de Barcelona por D. Francisco Carreras Candi. En el cuaderno 10 se reparte un plano de la actual Barcelona en el que se destacan perfectamente los límites de los antiguos municipios hoy agregados á la capital, y sigue la descripción de la flora y de la fauna por D. Juan Cadevall, y la de las aves por D. Emilio Tarré; ambos trabajos muy bien ilustrados en 15 grabados. Se reparte por cuadernos de 32 páginas al precio de dos reales y se manda muestra al que la pida al editor Alberto Martín, Consejo de Ciento, 140, Barcelona.

Subscripción para los presos por cuestiones sociales

LISTA 49

C. Casas, 1'50 pesetas; Pascual, 0'50; Miquel, 0'50. — Total, 2'50 pesetas.

Continúa abierta la subscripción.

Sdad. Anón. «La Neotipia», Paseo de Gracia, 77, int.—Barcelona